

## SOBRE ALGUNOS GRANDES TEMAS HISTORIOGRÁFICOS \*

RUGGIERO ROMANO

Desearía discutir algunos grandes temas historiográficos que recientes tendencias de la historiografía (en Italia y fuera de Italia, sobre todo en Francia) señalan como “viejos”, “superados” y —en breve— no dignos de ser tratados. Entro rápido en el asunto.

¿Qué es eso de la feudalidad? Aparte de algunos medievalistas que nos hablan en el sentido estricto —casi técnico— de la palabra, el silencio más total. Se la considera como un fruto de la “moda” marxista desatada durante los años '50-80 y, luego, dejada caer y marchitar. Ahora, esto me parece un absurdo. Que haya existido una “moda” marxista es indudable. En lo que me concierne, siempre me he opuesto porque encontraba abusiva una pretendida historiografía marxista practicada y ostentada por personas que, en realidad, no habían nunca leído más que el Manifiesto. Jamás he negado que el pensamiento marxiano fuese una cosa seria, aun cuando he tomado poco de él.

Y, hoy, me parece poco razonable eliminar el problema de la feudalidad pretextando que él sería un simple derivado de la vieja “moda” marxista. Quiero decir —permitido y no concedido— que el pensamiento marxiano sea de poco relieve, queda que Marx no ha “inventado” la feudalidad. La reflexión sobre ella es más bien antigua.

¿Queremos partir del '700? Así comenzamos entonces a leer *La Riqueza de las Naciones* de Adam Smith. Un texto que hoy está de gran moda y que constituye la

---

\* Publicado originalmente en: *Belfagor rassegna di varia umanità*, Florencia, Casa ed. Leo S. Olschki, Año LIII, 313, fascículo I, 31 de enero de 1998. Traducción: María Luisa Múgica.

base del pensamiento de tantos neo-liberales, no más aguerridos que aquellos marxistas de ayer que habían leído solamente el *Manifiesto*. Si lee por consiguiente en serio a Adam Smith, si lo estudia verá que uno de los pilares sobre los cuales se apoya toda la construcción smithiana es justamente la oposición entre el pasado del sistema feudal y el "presente" (sobre todo y, casi, exclusivamente inglés) en el cual él vive y trabaja.<sup>(1)</sup>

Y no se trata sólo de Adam Smith puesto que es todo el ambiente del importantísimo iluminismo escocés —con David Hume y Lord Kames, Miller Robertson— que debate el problema de la feudalidad, de su pasado y de sus persistencias, de su función negativa y de sus elementos históricamente positivos.<sup>(2)</sup>

Aun antes de Smith y de los escoceses, encontramos de los personajes como Voltaire y Montesquieu que discuten la naturaleza de la feudalidad preguntándose si se trata de un accidente propio de un momento dado o de un fenómeno persistente.

Y llegamos a Italia, siempre en el '700. El pensamiento iluminista de nuestro país —no inferior a ningún otro— se constituye en buena parte (en buena parte, pero no exclusivamente) particularmente sobre el problema de las persistencias feudales. ¿Queremos olvidar, omitir los Guiseppe Maria Galanti, los Gaetano Filangieri? ¿O, para desembarazarnos, diremos que eran de los marxistas *avant la lettre*?

Querría precisar otra vez que el debate sobre el sistema feudal no abordó sólo problemas económicos y sociales sino también de orden exquisitamente político. Durante todo el siglo XVII (como todavía en el XVIII) se discute extensa y profundamente acerca de cuáles fueran o pudiesen ser los equilibrios entre monarquía y señores feudales: basta leer con un mínimo de atención el conde de Boulainvillers, o Henry Spelman. Es ahora que nace la confrontación entre los sostenedores de los méritos de la nobleza (Boulainvillers) y los defensores de los méritos de la monarquía (Montesquieu).

¿También aquí hablaremos de marxismo *avant la lettre*?

Retrocedemos al siglo XVI. Es entonces que se abre el gran debate que opuso los partidarios de los orígenes antiguos, romanos, y aquellos de los orígenes más recientes, germánicos, de la feudalidad: por una parte Ulrich Zasi, Guillaume Budé, Lelio Torelli; por la otra, François Hotman y Thomas Craig. Un debate áspero (que duró hasta el siglo XIX) y no alcanzó a dirimirlo tampoco la posición conciliadora de un Cujacio sobre el doble origen romano-bárbaro de los vínculos de dependencia.

En suma, sobre un arco plurisecular juristas e historiadores de valía —junto a nombres que permanecen hasta hoy para ilustrar el camino— se ocuparon del problema de la feudalidad.

Que se ponga bien atención, con esto, no quiero llegar a admitir la idea viciada de la "naturaleza eterna de los feudos". Yo no sé qué cosa sea la eternidad y, de todos modos, no es éste, aquí, el problema.

Nuestro problema debe ser otro: ¿qué consecuencias conlleva desatender el problema de la feudalidad?

En primer lugar, claramente renunciaríamos a conocer los rasgos de un sistema que ha penetrado de por sí, por siglos y siglos, la vida de Europa. Y ya esto me parece bastante grave. Pero es distinto. Si se deja caer el tema de la feudalidad se diluye igualmente el problema de la transición de un sistema a otro. Desaparece, a saber, aquello que me parece el problema mayor de toda investigación histórica: particularmente la transición de un sistema a otro —de la esclavitud a la feudalidad y de la feudalidad al capitalismo; de la recolección a la agricultura estable; de la caza al cultivo; de la economía natural a la economía monetaria—. Como se ve no tengo preferencias. Pero cualquiera que sean las transiciones (o, como se decía en el siglo XIX, los pasajes de un “grado” a otro) queda que el estudio de la transición representa un punto clave de la evolución histórica.

Daré un ejemplo de la importancia de todo esto. Uno de los libros más bellos que yo haya leído es aquel recientísimo de Aldo Schiavone: *La storia spezzata*.<sup>(3)</sup> Uno de los más bellos particularmente porque él coloca con fuerza los problemas de la continuidad y de la discontinuidad, de la transición de un sistema a otro, de la relación cantidad/cualidad de los hechos económicos: en síntesis, todos los temas de la investigación histórica que me parecen mayores. Pero, aun a este libro fantástico tengo un reproche para hacer. ¿Cuál? Schiavone se pregunta por qué la Roma del II siglo no dio a luz el mundo moderno. La pregunta no es para nada retórica porque, en términos cuantitativos, esto habría sido posible. Y él responde que la imposibilidad provino particularmente de los aspectos cualitativos. Y hasta aquí el acuerdo es total. El desacuerdo, para mí, nace cuando se trata de establecer dónde arrancó el proceso de cambio. En la ciudad medieval, dice Schiavone. En la Inglaterra del siglo XVII, digo yo. ¿Por qué este desacuerdo? Particularmente porque Schiavone no toma en consideración el sistema feudal (la palabra, por lo demás, no aparece jamás en todo su libro hasta que en la página 186 se enfrenta con las “campagne post-feudali” de las cuales no se sabe qué cosa hayan sido antes...).

¿Otro ejemplo? Jacques Le Goff ha propuesto un nuevo medioevo cuya novedad esencial sería su duración hasta 1789, con la revolución francesa. Este largo medioevo viene presentado sin que se hable de sistema feudal. Y yo confieso que me parece más convincente el largo medioevo de la historiografía inglesa que termina en el siglo XVII, con las revoluciones inglesas y con la decadencia, precisamente, del sistema feudal en Inglaterra.<sup>(4)</sup> Quiero decir que particularmente la reflexión sobre el sistema feudal puede contribuir a constituir la vertiente entre medioevo y mundo moderno.

Se trata, claramente, de un enorme problema historiográfico, cualquiera que sea la fecha de terminación que se quiera escoger. Repito: yo, personalmente, me inclino por la datación propuesta por la historiografía inglesa; pero se puede muy bien escoger otra fecha. Pero esta “otra fecha” no puede ser definida prescindien-

do del hecho principal, constituido por el sistema feudal. Un 1789 propuesto, así, sin argumentos mayores, me parece, por el contrario, sólo el reflejo de un chauvinismo gálico.<sup>(5)</sup>

Planteado así el problema principal constituido por el sistema feudal, deriva de él otro gran tema historiográfico que está todavía más abandonado por considerarlo también "viejo", "superado". Me refiero a las crisis. El estudio de las crisis —estructurales o coyunturales—, sobreviene ahora descuidado.

Cierto, el concepto de crisis en la acepción histórica y/o económica no tiene los mismos caracteres de nobleza que la feudalidad. Concepto sobre todo de orden médico, indicó mucho tiempo solamente la evolución —afortunada o funesta— de una enfermedad. Sólo en el siglo XVIII se comienza a emplear la palabra para indicar situaciones de ruptura en el campo histórico, político y, después, sobre todo económico. Pero, como se verá en seguida, esta relativa juventud del concepto no quita nada a su real espesor.

Aclaro rápidamente que si me he interesado en las crisis seculares del siglo XIV y del XVII y en aquella coyuntural del 1619-22 sobre todo, —pero no exclusivamente— en sus aspectos económicos, esto no significa que yo insista sobre la importancia del tema de las crisis sólo en el aspecto económico. El siglo XVII constituye una experiencia: ¿cómo se puede caer su dimensión "crítica" si se instala, por ejemplo, el problema del nacimiento del Estado Moderno? Digo del Estado Moderno que es una cosa distinta del Estado "nuevo" de Maquiavelo, no que fuera diferente por la tripartición de los poderes; aquella tripartición que se afirma en Inglaterra en el siglo XVII y que será después rigurosamente teorizada por Montesquieu.

Crisis es fractura, creación de lo diverso, ruptura con el pasado, y en el curso de las crisis que sobrevienen se iluminan todas las contradicciones que se han venido acumulando en el sistema y que aparecen, ahora, de modo mucho más claro que en el curso del lento transcurrir de la vida del sistema en sus momentos de equilibrio. Las crisis son el principio vital de la historia, de la dinámica histórica.

He dicho antes que "crisis" es un concepto joven, al menos en la acepción política, histórica, económica. Pero hay que considerar otros. En "crisis", confluyen otros conceptos: sobre todo ciclo y coyuntura. Aunque no afecte a algunos, nos encontramos frente a problemas que han inspirado una larga historia del hombre. Dejar caer la primera representación bíblica del ciclo constituida por las siete vacas gordas y las siete vacas flacas y por las siete espigas cargadas y las siete espigas vacías. Pero si ciclo y coyuntura han interesado por largo tiempo sobre todo a los astrónomos (ciclo lunar; unión de los astros) bien preparados para el cielo han descendido a la tierra para ilustrar las vicisitudes, las regularidades del repetirse de algunos fenómenos relativos a la actividad humana.

En suma, una crisis no se comprende de otro modo que a través de los

conceptos de coyuntura y ciclo. Sólo ellos permiten entender el sentido real de crisis (y sobre todo de crisis económica).

Voces pretendidamente calificadas se han levantado para explicarnos que no es más así: crisis, ciclos, coyuntura no son otra cosa que “antigüedades”, que deben ceder el puesto a lo “nuevo”.

Será, pero por cierto se pueden tener fuertes dudas. Y querría presentarles al menos una. En Europa, con excepción de Inglaterra, los estudios de historia de los precios han sido ruidosamente abandonados. No hay más que examinar la extraordinaria bibliografía reunida por David Hackett Fischer en su reciente e importantísimo libro<sup>(6)</sup> para darse cuenta: países como Francia, Alemania o Italia, que habían aportado contribuciones fundamentales con sus distintos Labrousse, Meuvret, Elsass, Abel, Parenti, están ausentes de la producción de los últimos veinte, treinta años. Se dirá que esto significa poco. Por el contrario, en mi humilde opinión, significa mucho. Significa en efecto la manifiesta incapacidad de nosotros europeos para orientarnos en el problema de la “crisis” que estamos atravesando y de la cual ninguno sabe decir cuándo terminará y nadie sabe proponer soluciones aún limitadas (excepto vanas promesas de la creación de millones de puestos de trabajo a crear en un año). Sin embargo, en otros países voces calificadas se han levantado para decir que se hablará de renovación después, bastante después, hacia el 2000. Ya Fernand Braudel había hecho esta previsión en 1979. Braudel no disponía de una esfera de vidrio para leer el porvenir; solo simplemente, conocía las grandes ondas cíclicas de Kondratieff que admiten cualquier previsión (previsión, no profecía). Ahora, se advierte que, al prolongarse la crisis que atravesamos, la atención de los economistas se traslada otra vez hacia los ciclos de Kondratieff particularmente para procurar calcular donde se sitúa la salida del oscuro túnel que nuestro tren está atravesando.

Y querría hacer notar que este problema lleva al de la previsión sobre la fecha del fin de la crisis que vivimos. En efecto, Braudel y otros pueden también errar, porque se puede suponer que el ciclo de Kondratieff en la nueva economía que se ha venido formando no funciona más como en el pasado. Pero esto no quita que el problema de fondo permanezca. ¿Cuál problema? Es claro: se trata de saber si existen los ritmos de la historia y si estos ritmos tienen al menos una regularidad. He dicho ritmos de la historia y no sólo del movimiento de los precios y/o salarios porque, en efecto, sin establecer una determinística relación causal, queda que precios y salarios son indicadores de todo un conjunto de elementos históricos: de los hechos de la producción (agrícola e industrial) como también de los fenómenos sociales (de la criminalidad a la prostitución).

Hasta aquí he presentado algunos grandes temas historiográficos que han sido abandonados, descuidados en estos últimos años. Pero no son solamente ellos y conviene atraer la atención también sobre otros que, asimismo todavía vivos y



frecuentemente tratados, me parecen haber sido desviados de su sentido originario. Pienso, por ejemplo, en la ciudad.

Para rendir cuenta de la desviación que ha sufrido la historia de la ciudad convendrá pensar rápido que entre el fin del siglo pasado y los inicios del veinte (al menos hasta la primera guerra mundial) fue intenso el debate entre varias escuelas históricas europeas para llegar a un acuerdo sobre qué fuera la "ciudad" en el medioevo. ¿2.000 habitantes "hacían" una ciudad (como habrían querido los alemanes) o convenía llegar a 5.000 (para belgas y holandeses) o 10.000 y más (para los italianos)? El debate, así planteado, puede parecer, hoy, demasiado soso. Sin embargo, no era tal porque el grosor demográfico de la ciudad indicaba bien, sobre todo para el Alto Medioevo, si la represión de la gran crisis se había iniciado o cuando menos el encauzamiento había tenido comienzo. Se procuraba, en suma, dar —a través de la dimensión demográfica— un contenido preciso a la palabra "ciudad", no limitándose a la simple habilitación de una *charta* imperial que atribuía el estatuto de la ciudad indiferentemente a una aglomeración de 2.000 o 5.000 habitantes. Otra preocupación de la vieja historiografía había sido siempre aquella de buscar establecer los caracteres mayores de cada ciudad: administrativa, portuaria, militar, con predominio artesanal o mercantil y seguimos enumerando. No solamente: también se hablaba de ciudad siempre entendida en relación con su territorio (¿debo recordar el fértil debate particular sobre la relación ciudad/campo?). De la misma manera, ningún historiador digno de este nombre fantaseaba hablar de ciudad sin introducir el criterio de la trama de la ciudad, porque es obvio que una ciudad —y todavía menos la ciudad— no existe, no puede existir.

Quiero decir, en conclusión, que durante mucho tiempo ha existido gran interés en precisar qué fuese la ciudad. Ahora, todo esto es ya difícilmente hallable (con la gloriosa excepción del gran libro de Paul Bairoch), porque ha sido sustituido por un pomposo pero no por esto menos fumoso concepto de "fenómeno urbano" en el cual se introduce todo y lo contrario de todo.<sup>(7)</sup> La consecuencia de esto es que se habla, precisamente, de un "fenómeno urbano" que, puesto en juego en el siglo XII, continuaría hasta hoy; y encontramos alineadas en bello orden Venecia del siglo XIII y Amsterdam del XVII, Florencia de los inicios del XIV y Londres del XVIII, mientras que se trata de realidades absolutamente diferentes la una de la otra.

En efecto, aun cuando, por ejemplo, es muy probable que la riqueza *per capita* de la Florencia del 1300 sea superior a aquella de Londres del 1750, esto no quita que la Florencia medieval sea todavía una ciudad agraria mientras que Londres del 1750 es una ciudad que podemos ya llamar moderna porque ofrece una casi perfecta integración entre actividad productiva y actividad comercial. ¿Una hipótesis mía? No diría, porque Henri Frankfort ya en 1951 observaba justamente que "la gran diferencia entre ciudad y campo, entre sistema de vida rural y sistema de vida urbana, es, en la forma que estamos habituados a concebir, un producto de la Revolución industrial".<sup>(8)</sup> Y Carlos M. Cipolla comenta este mismo pasaje con las

siguientes palabras: “el entusiasmo y la capacidad empleados por los estudiosos de la historia medieval en describir los mercaderes, los banqueros y la vida urbana, han tenido en la mayor parte de los casos el resultado de disimular a las personas de cultura media, y a menudo a los estudiosos mismos, el hecho que también las más desarrolladas sociedades europeas del Medioevo permanecieron fundamentalmente agrícolas”.<sup>(9)</sup>

Todavía un ejemplo de cómo el uso de conceptos determinantes para nuestros estudios se ha vuelto aun más liviano: el uso indiferenciado de “desarrollo” y “crecimiento”. La confusión que de esto deriva está entre las más graves que se pueden imaginar. En efecto, se establece una confrontación entre el crecimiento numérico de algunos fenómenos (que conozco: la producción de tejidos en una región y los ingresos de un impuesto de anclaje en un puerto) con los crecimientos numéricos de fenómenos similares en otros sitios, sin mínimamente preocuparse de establecer si esos números corresponden —en contextos diferentes— a realidades productivas no diré idénticas sino al menos similares. Así, es ciertamente verdad que algunas regiones de Europa (Cataluña, Lombardía, y otras todavía) muestran en el curso del siglo XVIII signos indiscutibles de crecimiento en la producción textil, pero ellos no pueden ser confundidos —como sí hay siempre más tendencia a hacer— con el similar fenómeno inglés. En este último se ponía en funcionamiento un proceso de conjunto: era, sí, el crecimiento numérico en la producción de tejido pero también había cambiado el modo de producción; la organización productiva completamente nueva; el destino comercial diferente y más amplio; el sistema de abastecimiento de las materias primas igualmente diferente y nuevo: todo esto y más aún (toda la política económica inglesa y la política *tout court*) eran nuevas y todo esto ponía en funcionamiento un fenómeno no ya de crecimiento sino, precisamente, de desarrollo. En cambio, en otras regiones que he citado más arriba el crecimiento cuantitativo se agotaba en sí mismo porque estaba acompañado de algún cambio en la estructura organizativa, productiva, comercial, política (en el sentido amplio de la palabra). En suma, el crecimiento daba lugar, en el caso inglés, a la formación de un tejido industrial, compacto, espeso; mientras en otra parte no había más que un tejido con un diseño con manchas de leopardo.

Verdaderamente estas consideraciones me permiten continuar con el examen de otro concepto que ha sido completamente trastornado: pienso en la protoindustrialización. Después de las pioneras investigaciones de Joan Thirsk y Eric Jones y sobre todo, de la reinstalación de Franklin F. Mendels,<sup>(10)</sup> se ha manifestado por un lado una peligrosa tendencia a confundir la protoindustrialización con la industria a domicilio (rural o inferior) y, del otro, con cada y cualquier primera fase de industrialización. Ahora, esta última identificación es completamente falsa: sí, han existido casos de protoindustrialización que no han puesto después en marcha un verdadero proceso de industrialización. Pero la confusión mayor es aquella entre

protoindustrialización e industria rural. Esta última ha existido siempre y por todas partes. Se hallan vestigios en el Medievo europeo como en el mundo hispano-americano del '600. Pero la industria rural no tiene nada que repartir con la protoindustrialización al menos por las siguientes razones:

a) mientras la industria rural representaba una actividad complementaria para las poblaciones campesinas, la protoindustrialización conduce a estos mismos campesinos a considerar la actividad productiva industrial como principal, y la agraria como secundaria;

b) además, no se debe olvidar que la protoindustrialización significa algo diferente de la industria rural porque mientras que la primera viene (no siempre, es cierto) a poner en funcionamiento verdaderas y particulares regiones industriales, la segunda conduce sólo a producir manchas de leopardo.

Sería fácil añadir otros rasgos de diferenciación, pero no me parece éste el lugar para extenderse a fondo en el asunto. Solamente, querría subrayar que el verdadero proceso de protoindustrialización se afirma a partir del siglo XVII sobre todo en Inglaterra y, sucesivamente, también en los Países Bajos meridionales, en algunas regiones de Alemania (pero aquí con modalidades diferentes) y de Suiza.

Las consecuencias de la protoindustrialización fueron enormes. En primer lugar, ella provocó un "aumento de la productividad y, en consecuencia, una transformación de las relaciones de producción".<sup>(11)</sup> Ella conduce a la desaparición de los privilegios corporativos. En fin, modificando las relaciones tradicionales entre ciudad y campo, ella impulsó la formación de un sistema de autocontrol totalmente distinto de aquel tradicional.

Me he extendido sobre este ejemplo relativo a crecimiento/desarrollo a fin de mostrar cómo el abandono de los grandes temas historiográficos ha conducido, a veces, a confusiones graves. Alcanzar claridad significa proponer otra vez, precisamente, un gran tema de investigación: el problema del desarrollo.

Para concluir, no son solamente muchos temas (como aquel de la feudalidad) para retomar *ex novo*, sino también otros (como la ciudad) que van llevando otra vez la claridad y precisión, después que han sido trastornados de manera a veces verdaderamente brutal. Me gustaría indicar por qué tales temas han sido abandonados en estos últimos tiempos.

Mi convicción es que se ha hablado demasiado y demasiado fácilmente de "nuevos paradigmas" que habrían modificado los fundamentos mismos de la investigación histórica. Ciertamente, ésta tiene necesidad de renovarse periódicamente. Pero el hecho es que la renovación de una ciencia tan sólidamente constituida como la historia no se hace —no puede hacerse— con operaciones de guerra relámpago. Así, por ejemplo, el abandono de la dimensión de lo sagrado, de lo religioso en la historia no se realizó porque alguien una bella mañana anunció un



“nuevo paradigma”. Se trató de una operación lenta, que desde el '400 ha comprometido y continúa comprometiendo exquisitos talentos.

Estoy profundamente convencido que esta intromisión de los “nuevos paradigmas” en la elaboración de los estudios históricos está ligada a una defectuosa lectura del gran libro de Tomás S. Kuhn.<sup>(12)</sup> Defectuosa lectura porque si Kuhn tiene perfectamente razón en lo que se refiere a las revoluciones científicas que, ciertamente, se realizan a través de “nuevos paradigmas”, que introducen rupturas bruscas, esto no es verdad en el caso de las ciencias del hombre que se desarrollan a través de la acumulación del saber. Si existen revoluciones científicas no existen “revoluciones” historiográficas o antropológicas. Si un físico puede ser un gran físico sin haber leído la *Física* de Aristóteles, un historiador de la física (también de la física moderna) debe haber leído la *Física* de Aristóteles.

Esta común consideración me viene sugerida de la triste experiencia que deriva de la lectura de no pocos libros (sobre todo, artículos) recientes en los cuales la bibliografía presente es aquella de los últimos veinte años. Luego, es decir, que se habrían manifestado los famosos nuevos paradigmas. Pero es vana ilusión. Si leen los libros de los grandes historiadores (de los verdaderamente grandes historiadores: a fin de no hacer nombres apenas recordar a dos italianos muertos Franco Venturi y Federico Chabod) se verá que ellos —aun discrepando con algunos de sus predecesores— no los ignoran.

Se busca, por consiguiente, ser nuevos, innovar. Pero se evita caer en la estúpida moda de lo “nuevo”, tan insípida como los vinos “nuevos” que están descolorados.

## NOTAS

(1) Permítaseme remitir al ensayo “Le problème de la transition du féodalisme ‘at present’ dans l’oeuvre d’Adam Smith”, en: *Revue Européenne des Sciences Sociales*, XXXIV, 1996, N° 106, págs. 17-24.

(2) Ver el estupendo ensayo de Franco Venturi, “Was Russia a feudal Country?”, en: Venturi, *Studies in Free Russia*, Chicago-London, Chicago Un. Press, 1989.

(3) Roma-Bari, Laterza, 1996. He escrito lo bien que pienso de él en “Studi storici” (en prensa).

(4) La decadencia del sistema feudal no significa para nada que desapareció al mismo tiempo en el resto de Europa: sobre su larga duración confrontan los dos volúmenes con estudios de varios autores: *L’abolition de la féodalité dans le monde occidental*, Paris, Centre National de la Recherche Scientifique, 1971; y para Italia permítaseme remitir a “L’Italia feudale”, en: *Paese Italia*, Roma, Donzelli, 1994, págs. 39-58.

(5) Esta apuesta polémica confirma aquello que he dicho otras veces: Le Goff es un historiador óptimo en tres libros —Gli intellettuali del medio evo, La nascita del Purgatorio e San Luigi (un poco menos en este último)— y con muchas carencias cuando hace propuestas pretendidamente “metodológicas” y “novedosas”.

- (6) *The Great Wave-Price Revolution and the Rhythm of History*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1996.
- (7) *De Jéricho à México - Villes et économies dans l'histoire*, Paris, Gallimard, 1985.
- (8) *The Birth of Civilization in the Near East*, London-Bloomington, Indiana University Press, 1951 (traducción italiana: *Le origini della città nel Vicino oriente*, Firenze, Sansoni, 1953), pág. 57.
- (9) *Uomini, Tecniche, Economie*, Milano, Feltrinelli, 1996, pág. 26.
- (10) Thirsk, Industries in the Countryside, en: Frederick Jack Fisher (ed.), *Essays in the Economic and Social History of Tudor and Stuart England in Honour of R. H. Tawney*, Cambridge University Press, 1961, págs. 70-88; Jones, "Agricultural Origins of Industry", en: *Past and Present*, 40, 1968; Mendels, "Proto-Industrialization: The First Phase of the Industrialization Process", en: *Journal of Economic History*, 32, 1972, págs. 241-261.
- (11) Peter Kriedte-Hans Medick-Jürgen Schlumbohm, *Industrialisierung vor der Industrialisierung. Gewerbliche Warenproduktion auf dem Land in der Formationsperiode des Kapitalismus*, Göttingen, Vandenhock und Ruprecht, 1977, pág. 30.
- (12) *La struttura delle rivoluzioni scientifiche*, Torino, Einaudi, 1969.